

# Saber mandar o saber establecer reglas

# EL PROBLEMA DE LA DISCIPLINA



«Los padres (y maestros) prefieren mandar, en vez de establecer reglas; el que establece una regla no puede rehuirla, y queda también sujeto a ella. Es más agradable situarse fuera o encima de las leyes, y ejercer una autoridad sin regla que no se digna dar razones» (COUSINET)

**H**AY demasiada gente desbordada. Si destapáramos los tejados, descubriríamos colmenas de gritos y desazones. Se manda a voces, con insultos, con tópicos y frases hechas. Se manda mal, muy mal. «Te he dicho veinte veces...» (hay números mágicos en esto de fracasar en la autoridad y obediencia): «mire Vd., es que no puedo con ellos» (dos «angelitos» de 4 y 2 años respectivamente). «Estos hijos me tienen amargada». Y también, «me tiene comida la moral», terrible, eso de que los niños modernos aprendan la antropofagia espiritual de sus más queridos seres.

Verdaderamente deberíamos llorar por este desastre educativo que ofrecen tantos, así llamados, hogares, donde lo único que arde es la ira de los padres contra la agresividad de los hijos. Requiem por el noble ejercicio de la autoridad. Habría que entonarlo solemnemente. Es una realidad. Y por eso surgen generaciones de niños inaguantables, estúpidos...; o bien de niños — cada vez menos, es verdad — reprimidos o supertímidos. En realidad, la moda estadística de los niños actuales es más bien la de los

que disimulan y esperan a tomar la iniciativa de hacer la vida por su cuenta. Saben esperar la alternativa, que en la cultura actual les viene enseguida, a la vuelta de la esquina. Usan el chantaje afectivo, las reivindicaciones, el refugio en la pandilla, el «eso es cosa mía»... Conocen todas las técnicas.

Hay señores que son capaces de amaestrar perritos, y lo hacen muy bien. Es admirable su paciencia. Saben tolerar la frustración, la conducta espontánea de los animales, los

retrocesos en el aprendizaje aún no bien integrado; les adiestran paso a paso, cual expertos psicólogos experimentales. Y si el perrito que han comprado, y tanto les ilusiona, les sorprende con alguna reacción extraña, saben preguntar, dudar de sí mismos. Son, en suma, bastante buenos como amaestradores. Se diría que valen para educadores, pues si un perrito les despierta tanta ilusión y cariño, y gozan tanto con ver el progreso de su inteligencia animal, uno afirmaría que tienen capacidad de entusiasmarse con la tarea apasionante de ayudar al crecimiento espiritual de un niño, de educarle, de llevarle de la mano con firmeza y respeto por el camino de unos valores y unas reglas de vida. Pues no. No les interesa. No les ilusiona lo más mínimo.



Demasiada gente llega a casa «agotada» (¿pero realmente se trabaja tanto como se dice? ¿o es que se trabaja desorganizadamente, impulsivamente?) Llega cansada y «no tengo humor» de atender a los niños. A esas alturas, naturalmente, por el efecto del cansancio del trabajo de muchos años, ya los niños son inaguantables. Y entonces cansan más. Hay que postergarlos, recluirllos en habitaciones aparte, darles de cenar pronto, mandarlos a la cama, o atontarlos ante un televisor. Sin embargo, es menos fatiga crear disciplina en un principio que sentarse en un sillón a leer el periódico, y tener que levantarse cuatro o cinco veces cada tarde ante el SOS de la madre o de la abuela.

## NO TENGO AUTORIDAD

Dicen que el que manda es como un alfarero, y su labor, de creación. Pero mandar y no ser obedecido es no mandar, ser relegado a la nada. No hay creación. Muchos educadores hacen esfuerzos para salir de esa nada, para que su autoridad sea eficaz (autoridad viene de autor, el que hace algo). Pero otros educadores, en cambio, evitan esa derrota humillante y dolorosa, retirándose y absteniéndose de mandar. Dicen que saben por experiencia o por conocimiento de sí mismos, que no tienen aptitudes para mandar. Y así, muchos padres de familia logran tener éxito en todas las obligaciones familiares excepto en la de mandar. Y muchos profesores se refugian en la instrucción y en la programación de la asignatura, pero «el que quiera que atienda y que estudie», y el que no lo haga, «ya veremos después las consecuencias». Suministran conocimientos y corrigen exámenes, pero no establecen disciplina, la disciplina de un interés y una actividad constante. «Allá ellos.»

## «NO JUEGUE VD. CONMIGO»

Por otra parte, los niños son encantadores. Tienen la simpatía, la espontaneidad. Se ponen cariñosos. Y en general, cuando son pequeños, hay que reconocer que son bastante guapos. «Muñequitos a pilas... son tan ricos.» Y entonces nos recreamos demasiado en ellos, y les estropeamos. «Niño, con esto no se juega», se les dice. Pero ellos podrían decirnos muchas veces: «No juegue Vd. conmigo.» Se puede jugar con un niño a algo distinto de uno mismo y del niño. Pero juguete no puede ser el niño mismo. Hay demasiados desahogos afectivos que utilizan a los hijos como objeto. El niño-objeto, habría que decir. Muchas caricias y amores entrañables a los hijos son falsas compensaciones de fracasos afectivos o de realización personal. Se refugia uno en los niños con un cariño tan irregular, tan desconcertante que aprenden muy pronto la técnica del chantaje afectivo: si no me das lo que yo quiero, entonces no te quiero.

Quando se abre la puerta de tantas familias y tantas aulas escolares, se extiende a nuestra vista el panorama de la miseria humana que somos... el mundo de los educadores. El despliegue de la debilidad humana en el modo de llevar a los muchachos, **hace contraste con lo bien que están amuebladas algunas casas hoy día, con sus relucientes tresillos y alfombras, cuadros de valor y figuras de nácar en los armarios. Jaulas doradas con pajaritos locos.** No se sabe lo fundamental. No se avanza casi nada, con el curso de las décadas, que tanto van cambiando al mundo nuestro. En el arte de educar seguimos casi igual, la mayor parte de la gente. Y hay juristas, economistas, ingenieros y médicos cultos que se permiten decir olímpicamente, «a mí, esto de la educación, es algo que me resulta incomprensible».





## ¿POR QUE NO SE OBEDECE?

No porque la autoridad sea menospreciada. Ellos desean la autoridad en sus educadores. Es lo que más aprecian de ellos, la realidad del mando seguido de obediencia. La autoridad es para los muchachos garantía de orden y de equilibrio, cosas que les son indispensables. El verdadero mando es un apoyo necesario; y de hecho, cuando se da, existe obediencia con bastante facilidad. (Se obedece bastante, aun en casos de falta de autoridad verdadera; en un niño «desobediente» el número de actos de obediencia al día, es mucho mayor que el de sus desobediencias; si se hace un recuento, se puede comprobar.

¿Por qué no se obedece? Quizá los que mandan no saben mandar. ¿Tienen las cualidades indispensables de mando? ¿Se emplean las técnicas elementales del sentido común y de la psicología educativa?

## COMO CREAR DISCIPLINA

Correll define la disciplina como una conducta ordenada, adecuada a las reglas de la casa o la escuela, con dominio de sí mismo.

A menudo se confunde disciplina con aplicación de sanciones. Cuando un claustro de profesores reflexiona sobre la falta de disciplina que se viene notando en el centro, la conversación suele centrarse en el problema de las sanciones. «Hay que actuar.» Se sacude el polvo al código de sanciones y se insta su riguroso cumplimiento. Pero la disciplina es algo más que una actuación frente a las transgresiones. La disciplina es un proceso que empieza en las actitudes personales del que manda, y en los objetivos que pretende, es decir, mucho antes de que aparezcan las reglas de juego, las faltas y los castigos.

## LOS TRES ASPECTOS DE LA DISCIPLINA

Si se trata de crear autodisciplina en los niños y adolescentes, y no mera disciplina coactiva, la sana pedagogía suele considerar tres aspectos o fases del ejercicio equilibrado de la autoridad:

- 1.º ESTABLECER NORMAS
- 2.º ENSEÑAR A CUMPLIRLAS
- 3.º ACTUAR FRENTE A LAS TRANSGRESIONES

Los tres aspectos son necesarios. No podemos limitarnos a establecer normas, por muy alto que se dicten y muchos reglamentos que se publiquen, si no existe una pedagogía de su cumplimiento. Ordinariamente establecemos normas y aplicamos sanciones. Pero no enseñamos la auto-

disciplina. Tendemos a omitir lo sustancialmente educativo.

En este primer capítulo del «PROBLEMA DE LA DISCIPLINA» nos vamos a limitar al primero de los aspectos, establecer las normas. Pero antes de todo, hay que señalar que no hay técnicas para lo fundamental, que es la persona que establece normas, enseña a cumplirlas o actúa frente a las sanciones.

Mandar, ¿es un don? Si es un don venido de lo alto, los educadores que se analicen, reflexionen y confiesen sinceramente si poseen ese don de la naturaleza, el don de mandar. El artista nace, no se hace. Si mandar es un arte original e intransferible, entonces no está al alcance de todos. Y en ese caso, que se retiren todos los que no tienen ese arte.

Pero hay artes prácticas, en las que lo básico son unas actitudes humanas que en mayor o menor grado se pueden conseguir, a condición de que exista en la persona un equilibrio aceptable, y un deseo de autenticidad moral personal.

## LAS ACTITUDES PERSONALES PREVIAS

A) **FIRMEZA.** Para establecer normas, enseñarlas y actuar frente a sus transgresiones, hace falta en primer lugar una firmeza de carácter juntamente con un equilibrio. Pocas órdenes y mantenidas con rigor, sin derogaciones, a no ser por justos motivos. Crear disciplina es mantener constantemente las mismas consignas, reiterar una y otra vez su cumplimiento, insistir. La suave terquedad gana la partida. El educador requiere energía constante, que no cede ante las tentativas de aflojamiento y blandura. El educador es exigente, marca un ritmo serio y no cede..., a no ser por justas razones.

B) **COMPRESION.** Pero tras la firmeza se esconde una mirada benevolente, una ternura, un humor profundo ante el niño y adolescente. Se les exige, pero se sabe que ellos no pueden menos de ser así, fallar una y otra vez, a pesar de ellos mismos. Comprender que son niños, y están en vías de formación. Saber que están sometidos a fuerzas nuevas, evolutivas, que no saben manejar aún. Que muchas faltas son por falta de madurez y de control de sí mismos. El educador no caerá en la trampa de creer que existe mala intención, ni llegará a situaciones de enfrentamiento de poder a poder.

La tolerancia para con el infantilismo de un niño no es el consentimiento del dejar hacer. Tienen derecho a expresar su mundo mágico, su conducta imaginaria o simbólica, o sus impulsos y obcecaciones de adolescente; lo cual no impide que se ponga un límite, con firmeza, a los actos indeseables.

C) **COMPROMISO.** En tercer lugar, es necesario que padres y maestros cumplan sus propias órdenes. Es una actitud humana de compromiso. Porque la verdadera obediencia educadora es obediencia a una ley objetiva, no una sujeción a una persona. La obediencia al individuo es un servilismo humillante. El acatamiento a una ley es una garantía contra el capricho personal. El educador queda comprometido con la ley que proclama. Sometido también a ella, su autoridad se ve enaltecida. El educador solamente puede ser ejemplo —frase de Cousinet— sometándose él mismo a la regla. «Cuando da órdenes, su ejemplo es de mando, no de obediencia»

D) **INGENIOSIDAD.** En cuarto lugar, el educador será ingenioso para favorecer el cumplimiento de lo mandado. Es una actitud de poner las cosas asequibles. Si

la circunstancia en que situamos a un conjunto de niños es demasiado tentadora, hay que suponer un fracaso casi total de obediencia. Es mejor saber llevarlos por las buenas, con un poquito de ingenio. La ingeniosidad es una forma de ser autor, y por lo mismo de tener autoridad.

## ESTABLECER NORMAS

### DOTES DE MANDO

Con frecuencia, las personas que admiramos por sus «dotes de mando», nos dicen que muchas de tales dotes son susceptibles de aprendizaje, que es cuestión de táctica, que existen verdaderas técnicas del buen mandar, de establecer las normas.

Es indudable que hay personas con dificultades insalvables para mandar y ser obedecidos. ¿Complejos de inferioridad? ¿Inseguridad profunda en sí mismos? ¿Timidez? ¿Falta de energía personal, de agresividad elemental? Es posible. Aunque, si son enfermedades psicológicas, también es posible su recuperación o curación lenta. Pero si hay tantos enfermos psíquicos como educadores y padres con fracaso de autoridad, se diría que la humanidad está llegando a límites patológicos extremos y no puede ser así. Creemos que la mayor parte de los educadores tienen equilibrio humano suficiente como para lograr un mayor éxito en la tarea de ser obedecidos.

Por otra parte, se ha observado que las personas afortunadas en el mando, emplean consciente o inconscientemente unas técnicas semejantes. Existe, en efecto, un estilo de mandar. Hay una manera concreta en el fondo, con pluralismo en las formas, que conduce a la eficacia educativa.

### TECNICAS PARA ESTABLECER LIMITES

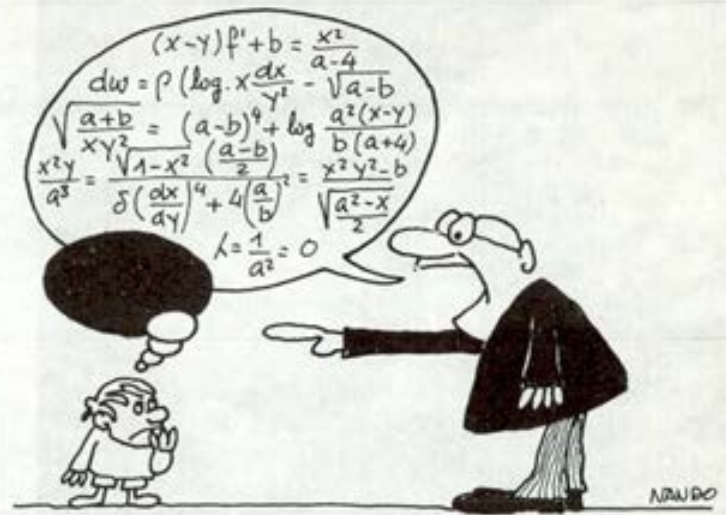
Hablamos sobre todo de límites, en vez de normas, porque los límites de lo que se puede hacer es donde está la dificultad. Y en el fondo, todo mandato ha de realizar una actividad concreta, incluye la prohibición de realizar otras cosas que a un niño se le pueden ocurrir.

### Primero: PROHIBA USTED LAS COSAS CON CLARIDAD

Toda limitación o prohibición ha de expresar muy claro lo que prohíbe. Nada de parábolas y metáforas. No deje usted nada sobreentendido. Construya sus frases con sencillez gramatical. Sujeto, verbo y predicado. Sea concreto y preciso.

«Los almohadones no se pueden arrojar; ahí tenéis el balón.» Lo ideal es poder ofrecer al niño un sustitutivo. Pero en una vivienda de pisos, el balón también es prohibitivo. Sin embargo, el arte consiste en concretar las cosas. Una de las normas de la claridad es la formulación breve y referida a una sola cosa cada vez.

«¿Qué estáis haciendo ahí? ¿Es que creéis que los almohadones son balones de reglamento?» Nos gusta hablar con retórica y usar comparaciones gráficas cuando reñimos; pero los niños, después de quedarse un momento paralizados por el miedo de ver la cara lívida y congestionada del padre, les queda una idea confusa de lo que se quiere o no se quiere de ellos. Y en realidad, se les ha reforzado la idea de lo apropiados que son esos almohadones del sofá para ensayar estiradas de portero. Si dentro de unos días les sobreviene el impulso de jugar de esa manera, podrán agarrarse a la letra de que no hubo una prohibición expresa. Inútil retórica de nuestros gritos.



### Segundo: FORMULE USTED PROHIBICIONES TOTALES.

No se le puede decir a un muchacho, «no vuelvas muy tarde, que no pase mucho de las nueve». Vd. está pensando que sus palabras significan venir hacia las nueve y cinco, o nueve y diez; pero él puede interpretar nueve y veinticinco o nueve y treinta. Si Vd. quiere que esté en casa a cierta hora, formule de modo absoluto, «a las nueve, en casa, ni un minuto después».

«Podéis jugar aquí con el balón — pero no lo lancéis muy alto, pues a tres metros hay cristales.» En efecto, se romperán los cristales, uno a uno. O se les dice, «aquí no se puede jugar al balón, en absoluto», o se ponen rejas en las ventanas.

Dicen que el mando debe ser tajante. Lo que se prohíbe debe ser total; en tal sitio, a tales horas, esto no se puede hacer. Muchas leyes de tráfico son tan indeterminadas que no se pueden hacer cumplir; la escena clásica del policía con un block en la mano y el conductor asomado a la ventanilla y discutiendo sobre la interpretación de la ley. Para los chicos las normas no deben dar pie a interpretación. Tanto esta técnica como la anterior, acerca de la claridad, son esenciales para la eficacia. La primera estrategia defensiva que aprenden los niños es la de desobedecer y pasar por obedientes. «Yo creí que Vd. había dicho...»; «tú lo que nos dijiste es que no hiciéramos mucho ruido cuando hay visitas...» Y nos enzarzamos con ellos en peleas verbales, de los cuales salta algún calificativo «eres un cínico» que estropea más las relaciones personales. Ellos se agarran a la letra de la ley, cuando les conviene, es decir, cuando está mal formulada, de manera imprecisa.



### Tercero: MANDE USTED LAS COSAS SERIAMENTE

Y, desde luego, procure que le escuchen con seriedad, atención y concentración. En la vida pública, el protocolo de la ley es algo serio, se rodea de solemnidad. Porque incumbe a todos y tiene sus consecuencias de responsabilidad. Sin embargo, ciertos profesores dan normas inoportunamente, cuando los chicos no están atentos, o no pueden estarlo, porque van a salir tarde y el autobús se les escapa; o tienen después un examen muy importante, y están nerviosos o preocupados... No es momento de seriedad. Otras veces, se dicen las cosas medio en broma, alegremente; con lo que la obediencia resulta también de risa. Hay madres que mandan las cosas sin interrumpir lo que están haciendo: «¿habéis oído?», o en un acceso de ira que sorprende al niño («qué le habrá pasado a mamá que se pone así»); y con el susto presta menos atención a lo que le manda. Otros padres juegan tanto con los hijos que no saben ponerse serios con ellos; (¿tanto desconfían de su autoridad? ¿de su capacidad personal para hacerse obedecer?). Finalmente, otros mandan con tal escepticismo o pesimismo acerca de la norma que dan o de su cumplimiento, que ya salen derrotados antes de la pelea. Las cosas serias se dicen seria y firmemente, aunque haya que poner cara de circunstancias.

Si el educador no está seguro de lo que tiene que mandar, que lo piense y lo madure, o no mande nada; pero que no transmita inseguridad. Eso no es seriedad ni firmeza. Los muchachos se dan cuenta, «esto no va en serio».

Tampoco es serio el rogar las cosas. Esas expresiones cansinas y de misericordia es la derrota a priori. «¿Queréis hacerme el favor de...», «¿es que no os dais cuenta de que me estáis levantando un dolor de cabeza...?». Las cosas que se mandan no se ruegan, no se mendigan por amor de Dios.



### Cuarto: MANDE VD. ACCIONES EXTERIORES, NO ACTITUDES INTERNAS

Las actitudes no se mandan, se promueven. No se le puede mandar a un niño que sea bueno. Eso es una modificación interior, una actitud profunda, que muchas veces no tiene relación con su comportamiento exterior. Lo que se le puede mandar es que actúe de esta o de otra manera. Los niños no deben sacar la conclusión de que son malos porque no hacen lo que a nosotros nos gustaría que hicieran (a veces hacen muy bien no hacer lo que les mandamos, pues no nos acomodamos a la mentalidad o edad de los chicos; y ellos por instinto de conservación, ponen a salvo su salud psicológica y quieren ser niños de verdad, no hombrecitos estereotipados). Los niños son buenos, pero hacen cosas mal, **están** actuando mal (hay que usar el verbo «estar», en vez del verbo «ser»). No se puede mandar el **ser** de una manera o de otra. Se le puede mandar al niño que coja el pincel de esta manera, pero no que sea un artista. La docilidad, el interés por el estudio, la

amabilidad con los demás no se mandan, se educan, es decir, se motiva y se favorece el crecimiento (se abona la tierra).

Lo que se manda son comportamientos verificables o comprobables, susceptibles de evaluación clara, premio o sanción. «Siéntate bien», «no hables mientras comes», «usa papel y lápiz para estudiar matemáticas» (verdaderamente, somos muy poco concretos al mandar, manda-



mos ser buenos chicos, veinte veces al día y no sabemos concretarles en qué consiste la conducta deseada).

Muchas desesperaciones de educadores vienen de no distinguir lo que es para mandar de lo que es promover desde dentro. Dos mundos distintos que requieren técnicas y condiciones distintas.

### Quinto: MANDE VD. DE FORMA POSITIVA

Cuando le decimos a un niño «las paredes sólo están bonitas cuando están limpias, no con garabatos de tiza», o «mantén limpio el Colegio», o «los sillones son para sentarse y no para pisarlos», les estamos indicando las funciones de las cosas, de modo positivo y alentador, sugiriéndoles lo atractivo del orden, el bien y la pulcritud. Son negativas, en cambio, expresiones tales como «no tires papeles en el suelo», «no manchéis las paredes, eso es de niños sucios y maleducados», «no te subas encima de los sillones», etc...

Afirmamos que las órdenes negativas destruyen el interés de los niños. A no ser tratándose de algún niño especialmente difícil o agresivo, todos los demás obedecen mejor a



mandatos que se enfocan hacia valores positivos, cuya realización les deja más satisfechos de sí mismos. Una manera de ser positivo es señalar la función de un objeto, al mismo tiempo que se indican los límites de las cosas. «El balón es para jugar en la calle o en el parque, no en casa», «el lápiz es para escribir, no para morderlo», «de siete a ocho es la hora de estudio, ya jugarás más tarde», etc. Se les acentúa más la posibilidad positiva del tiempo o de la actividad. Cada objeto tiene una función y cada hora un deber; hacia eso deberá apuntar nuestra flecha indicadora.

## Sexto. AL MANDAR, RESPETE VD. LA DIGNIDAD DE LA PERSONA

El mando suele estar contaminado de insulto, ironía, desprecio, sarcasmo. ¿Por qué mandamos insultando? En el ejército, los sargentos clásicos lo hacen continuamente. El recluta, por lo visto, no tiene dignidad. Afortunadamente, hoy la gente reivindica los más elementales derechos humanos, pero sobre la cabeza del niño siguen lloviendo denuestos e imprecaciones con motivo de lo que tiene que hacer. Hay un tono burlón en tantos profesionales de la enseñanza, que al mandar —de paso— le insinúan a uno que «es un bicho raro» («mamá, "el profe" me ha dicho que soy un bicho raro, ¿qué quiere decir?» — y la madre explota de indignación). Estas cosas, tan elementales, estropean a veces la imagen de un centro y toda la labor educativa de una persona.

La obediencia es muy dura, ya nos hemos olvidado, y no debemos recargarla con el efecto de una voz áspera y un tono irónico, «¡vaya hombre, te has puesto gafas!; a ver si por fin te enteras de lo que lees», (el muchacho lo recordaba cuatro años después). Con lo cual, no transmitimos autoridad, sino insulto. Incluso ciertos matices, no directamente humillantes, no salvan del todo la autoestima del muchacho. «Tú eres muy joven para estar aquí tan tarde» (sería mejor decir, «ya sabes que no hay televisión los días laborables»).

También sentimos a veces la tentación de solucionar todo con un gran impulso o show de fuerza. De repente, aparecemos en la escena y arremetemos a gritos y portazos. De este modo nos tranquilizamos de que aún conservamos el poder de asustar y paralizar al niño. Y cuando está nuestra dignidad educadora por los suelos, nos volvemos satisfechos de «nuestra autoridad».



## Séptimo: CONCEDA VD. PARTICIPACION A LA HORA DE ESTABLECER NORMAS FIJAS

Una clase de cuarenta chicos, ya a partir de ocho años, tiene algo que decir cuando se les va a imponer un reglamento que condiciona su vida. Al manos, hay que oírles o dialogar con ellos, lo cual no significa ceder ni consentir. Lo jóvenes adolescentes actuales lo desean vivamente.

Podemos elaborar nosotros solos, en nuestro despacho de tutor o profesor, toda una lista de reglas y prohibiciones. Pero sin oír su punto de vista, podemos olvidarnos, como sucede a menudo, de lo que un niño puede hacer, y remontarnos a las alturas de un idealismo moralizante. O bien, podemos tener nuestras manías personales acerca de la limpieza, el orden o la urbanidad que hay que exigir. Y no conviene imponer manías, sino leyes razonables.

Si queremos CREAR AUTODISCIPLINA, y no una obediencia coactiva sin razones, tendremos que entrar en el juego participativo desde el principio, desde el momento de establecer las normas, con todo el equilibrio y educación gradual de la libertad que la edad de los niños puede soportar. La participación es, por otra parte, una condición de realismo y eficacia, tanto en la vida escolar, como en la vida familiar.

Fernando de la Puente

Nota. — En el próximo número seguiremos desarrollando los otros aspectos del PROBLEMA DE LA DISCIPLINA, es decir, cómo enseñar a cumplir las normas establecidas, y cómo actuar ante las transgresiones.

# ACTIVIDADES PARA UNA ESCUELA DE PADRES

## Lab. 2.07: Documentos

Utilizando la documentación básica que figura en el apartado 7 del Laboratorio 6, y, en especial, la Carta de Kafka a su padre, seguir el guión de trabajo:

1. Presentación de la personalidad de Kafka y su obra.
2. Selección de fragmentos de la carta de Kafka a su padre, en los que inciden más claramente los problemas de disciplina y autoridad.
3. Análisis de la actuación del padre. Motivación, métodos generales de actuación y medios.
4. Repercusión en la personalidad de Kafka del sistema de educación paterno.
5. Reflexión y extrapolación a una posible situación actual.